

Aquí Empieza el Mar



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2024

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodcordelia.es



@reinodcordelia.es  facebook.com/reinodcordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodCordelia>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Blanca Riestra, 2024

Fotografía de sobrecubierta: © Vari Caramés, VEGAP, 2024

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 978-84-19124-96-8

Depósito legal: M-21768-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: María Robledano

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

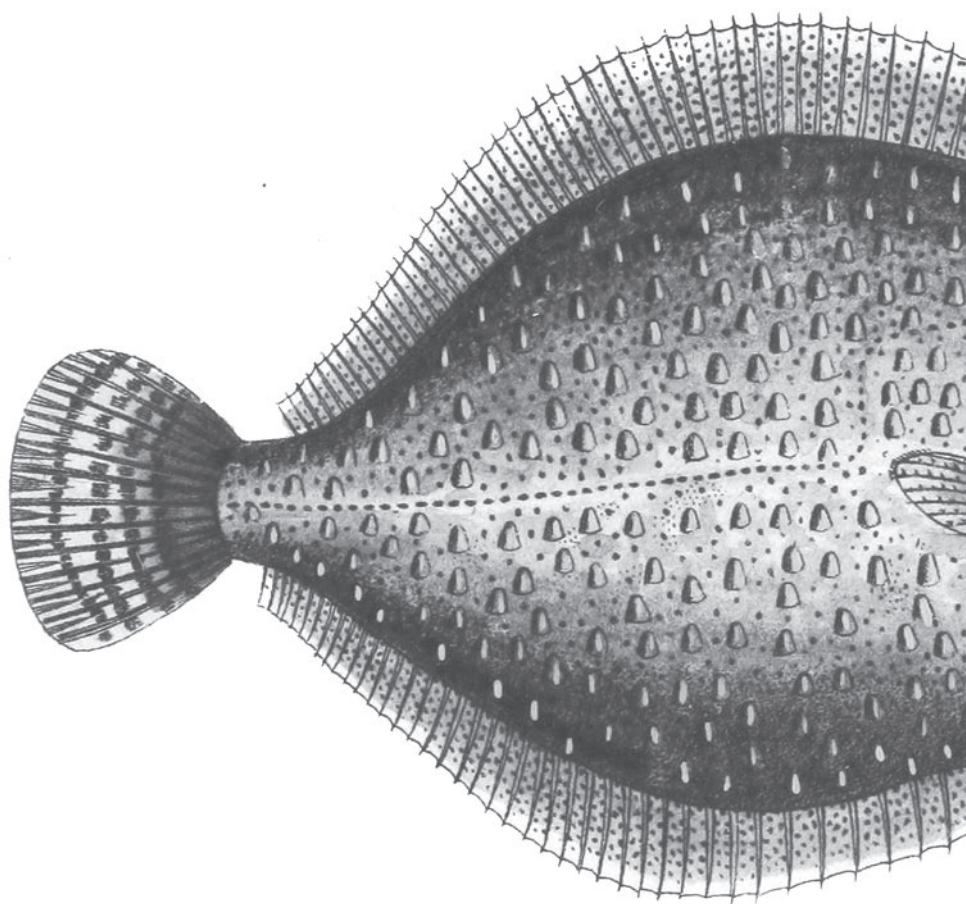
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

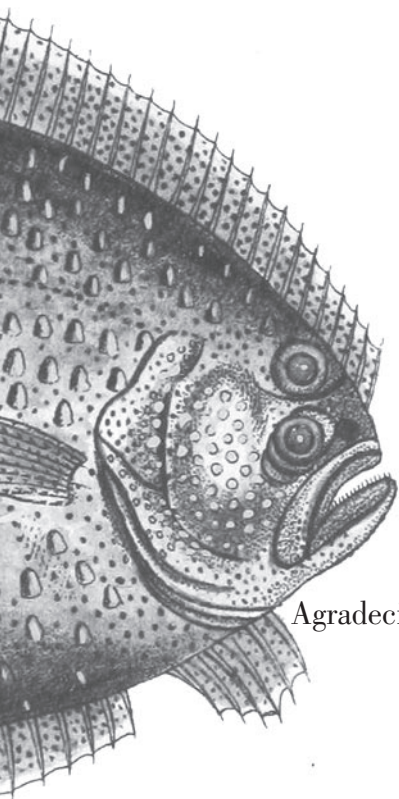
Aquí Empieza el Mar

Blanca Riestra

PREMIO BLANCO-AMOR 2021







Índice


I	ii
II	101
III	147
IV	175
V	245
Agradecimientos	293

Un Jurado presidido por Luís González Tosar
y compuesto por Luciano Rodríguez Gómez,
Mercedes Corbillón Fernández y César Lorenzo
Gil, con Tensi Gesteira como secretaria, con-
cedió a *Aquí comeza o mar*, de Blanca Riestra,
el XL Premio Blanco-Amor de novela larga,
organizado por la Diputación de Orense en
colaboración con la Fundación
Eduardo Blanco-Amor.





para Nina



*Que foi, que se fixeron
Que foi dos risos, do escándalo, das palabras tan a propósito tortas...*

LUISA VILLALTA

*Somentes
Intentaba conseguir
Deixar na terra
Algo de min que me sobrevivise.*

LOIS PEREIRO

*On épuisait un capital de désir. Ce qui était gagné dans l'ordre
de l'intensité physique était perdu dans celui du temps.*

ANNIE ERNAUX

*Y todo lo que existe en esta hora
De absoluto fulgor
Se abrasa, arde
Contigo, cuerpo
En la incendiada boca de la noche.*

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

I



EN AQUEL MOMENTO, detenido sobre una cornisa, coincidieron fuerzas ignotas. La adolescente X está sentada frente al comienzo de todo. Ella, claro, no sabe que pueda ser el comienzo de cosa alguna, sino que imagina llevar mucho tiempo en el asunto. Y está incluso hastiada.

Hastiada, se dice, dejando que las palabras salgan de su boca como bolas. Las bolas van cayendo frente a ella, a sus pies. Ayer se ha comprado en unos almacenes vetustos de la fuente de San Andrés un vestido acrílico de flores verdes que considera el colmo de lo punk. Lo tiene extendido sobre la cama, junto a unos botines de puntera, y lo contempla con algo semejante al deseo. Pero hoy cierta tristeza la ha convencido de que no merece la pena seguir intentando nada.

¿Que qué intenta? Pues intenta divertirse. Más adelante se verá forzada a buscar otras cosas, cosas que no imagina todavía, cosas inextricables, infames incluso:

ganar dinero, pagar el alquiler, ser feliz. Ahora no, ahora solo desea divertirse.

Sentada en el suelo, sobre ella reluce un póster de los Pogues. Ha decidido no salir. No salir es una decisión firme, se repite, mientras cierra su diario infantil, donde anota estados de ánimo que la avergüenzan. Sonríe. Espera fastidiar con ello a mucha gente. Lo que no sabe es que está al borde de algo, junto a un terraplén, un precipicio. Hubiese podido asomarse, si hubiese querido, y ver. Pero no lo hace. Está en primera fila, y ni siquiera se da cuenta.

Se orquestaba el devenir del mundo, los figurantes ajetreados menudeaban. Así, era posible presentir cómo uno se convertiría en lo que otros decretasen: historias de triunfo o de fracaso, corazones heridos, olvidos terribles, familias y devenires económicos, crecimientos, derrumbes, la algidez de los cuerpos desatados, su desplome, la desaparición de todo; y también la supervivencia de algo aleatorio, quizás un bordón, un estribillo.

Un día de junio. Los exámenes están en su apogeo o acaso ya han terminado. Se acerca el comienzo de todo. ¿Pero y si aquello no hubiese sido el comienzo de nada? En el fondo, algo como una enfermedad o un estado de ánimo ya llevaba tiempo fraguándose, lentamente.

Una ciudad donde se orquestan privilegios y prebendas, excentricidades, una ciudad construida sobre la cabeza enterrada de un gigante. En las mañanas de la normalidad, A Coruña, la segunda capital del franquismo —con sus yates, sus pelotilleros, sus altos funcionarios, sus señores de loden— teje y desteje sus caretas.

Pero la noche —ay la noche y su perfume— había sido desde siempre el territorio de la libertad. Durante mucho tiempo no hubo *pubs*, y los bares cerraban pronto, pero en las calles del Orzán siempre se oyó el mar, potente, poderoso, no como en Vigo donde el mar no se oye desde ningún lado, por mucho que digan los vigueses.

Y luego, como por ensalmo, apareció el Patacón, aquel bar pequeño, con marquesina, con vasos y platos recuperados de viejos figones, y empezó a atestarse de objetos curiosos, de postales. Allí se reunían surferos, oficinistas, estraperlistas, punks, y Vari —que ya empezaba a hacer fotos— desde detrás de la barra mezclaba licores de colores y hacía carajillos. Lo del *jazz* vino después de forma propedéutica: para ahuyentar a las malas bestias, a los que bajaban de los barrios pidiendo pelea y, ni siquiera había que echarlos, se iban ellos solos asustados por aquella música que no entendían. Y, así, los poetas también empezaron a proliferar, como malas hierbas, y, a veces, iba uno y recitaba algo, se organizaban muestras de *mail art* y se exponían postales pintarrajeadas de todos los tamaños que llegaban desde las cuatro esquinas del mundo conocido y otro más empezaba a pensar en el mar como si fuese un cuerpo, y, también, los pijos de la plaza de Vigo con su cresta rosa venían a fumar porros, después de la misa de ocho y la merienda con galletas.

Y ya todo empezaba a ser distinto. Los seres, por la noche, se rozaban, se solapaban, producían chispas al entrar en contacto, como la yesca. Era aquel un microcosmos ajeno a todo, más pop que punk, aclara Vari. No

tan oscuro como se dice ahora, más bien luminoso y divertido. Y ocurrió que los surrealistas y los pequeños delincuentes, como en los tangos, acabaron codeándose en los bares del puerto, con sus alforjas repletas de oscuridad y de pescado, de tabaco de contrabando. Era la época de el Vaquilla. Y empezaron a estilarse los perros callejeros, y los bardos y los quinquis se admiraban y requebraban mutuamente. Luego empezó el baile.

Lo recuerdo perfectamente, fue entonces que Vari se atravesó la mano con un cuchillo, fue al abrir una ostra y yo lo sustituí, cuenta Nikopol. Yo venía de Ítaca y de A Cava da Poesía, con mi cresta de color, y, después, del primer Mar Adentro y del Porlier y luego ya rulé de bar en bar hasta recalar aquí, cuarenta años después, en la Gaiteira. Recuerdo el Xornes, enfrente de San Agustín, no lejos de lo que luego sería Punto 3, enmoquetado con espejos. Javier Correa y Xaime Cabanas cambiaban su decoración cada semana, abríamos un par de botellas de whisky y ellos pintaban a dolor. Allí tocó Cacahué por primera vez. Yo era el tío más chulo del mundo, un perdonavidas, pinchaba en la cabina con gafas de espejo y siempre remataba la noche con Goldfinger. Entonces el Marqués sacaba a bailar a todas las chicas que quedaban en el local. A todas menos a Jozé, claro.

Llevo cuarenta años rulando y lo he visto todo y lo he oído todo y, si quieres que te diga la verdad, no sé si lo que he visto y he oído quiere decir algo más que lo que significó entonces. La destrucción es un impulso juvenil y alegre, no es algo terrible, esa sería quizás mi conclu-

sión. Fue un movimiento natural y justo. Si no le tomamos la delantera, la naturaleza se encamina ella sola hacia su propia destrucción, por eso, más vale ganarle la primera mano, y, si me apuras, la segunda.

AY LA NOCHE y el pequeño trapicheo que iba desplegando sus alas como una mariposa delicada, sus amplias alas de colores ácidos pugnaban por cubrir el cielo. Cabanas en un bar del Campo de Marte, y luego en el Patacón alguna noche, con su capa de caballero loco, mira con ojos como platos desde la barra a una chica con camiseta de sisas, y luego, sin mediar palabra, se levanta, gira entorno a ella y la toma de la mano para, después, lamerle el brazo, desde el húmero hasta los índices largos, alargados. Y la otra pega un salto, se separa, el camarero interviene y luego Cabanas, sin explicación alguna, le dice a la chica: Menos mal que no existes, y luego se da media vuelta y se pone a dibujar, metiendo los gruesos dedos en la taza de café, una marina burda y marrón en miniatura.

¿Existía Cabanas? ¿Existía la chica? ¿Eran reales alguno de los dos?

Sí, dice Xurxo, y también recuerdo que, a veces, Xaime Cabanas se quitaba los dientes y los ponía sobre la barra y la dentadura soez se ponía a hablar sola y a rezar letanías o cantos de *mariño*.

No puedes recordarlo, Xurxo, solo te lo imaginas. Yo, en cambio, sí que recuerdo a mi madre con guantes de piel de cabritilla comprando botones en la mercería Los Juanitos y recuerdo las brevas recién salidas de horno de la Jijonenca, a media mañana, y recuerdo al Paseante saludando a mi madre con donosura y al Perchas requerebrándola, y yo de su brazo, con ocho años, por plaza de Mina o por San Andrés.

Mira, dice Pedro, si Franco no hubiese muerto cuando murió, no sé qué hubiese pasado con nuestra generación, la mía, la de tus hermanos mayores, andábamos ya todos de cabeza. Tuvimos suerte. España se hubiese convertido en un Chile, lleno de desaparecidos. Porque nosotros ya habíamos probado del fruto del bien y del mal y no podíamos volver atrás, no podíamos olvidar el tramo recorrido, reintegrarnos como si nada en la vida de nuestros padres. Yo en los Maristas a los once años jugaba ya a escupir en el Santo Sagrario con los amigos. Ocurren así las cosas, una vez que te asomas y ves, no puedes cerrar los ojos, regresar al lugar de donde venías.

Recuerdo perfectamente el día que llegó la heroína a la ciudad, fue en el 78 en el Palacio de los Deportes, durante un concierto de Uriah Heep, y recuerdo luego ya el autobús de la droga, aparcado siempre en las Lagoas, porque toda esa zona era zona de chabolismo. Y por

supuesto recuerdo el nombre y la edad de todos los que se murieron de aquello, de uno en uno. La primera tanda. Yo escuchaba a Dylan, a Frank Zappa, a Brian Eno. Me fui luego a Palma de Mallorca en el 83 a hacer la mili. Allí andaban ya todos locos con la Velvet. Muchos de entonces, casi todos, se quedaron en el camino por culpa de las tres eses: sobredosis, sida o suicidio. Y yo también tuve la experiencia de perder a alguien que amaba por la peste negra.

Bueno, añade Nikopol, en el setenta y pico, que yo recuerde, estaba Tropos y Metáfora, frente a Moreta, circulaba el rumor de que echaban droga en las Coca-Colas, yo me reía y les decía, pero la droga cuesta dinero, ¿crees que la van regalar? Pero lo que se estilaban entonces eran los canutos. En el QR, en la plaza de Vigo, circulaban las anfetaminas y algo de farlopa. Bueno ¿quién no tomaba anfetaminas? Las daban con receta en la farmacia de la plaza de Pontevedra, yo se las encargaba a mi madre y me las traía, para estudiar. De bares, me acuerdo de A la Lámpara, de Ítaca y de A 100, donde pinchaban música setentera: Janis Joplin, Bob Dylan y estos. Casi todos los bares estaban en la ciudad vieja, la razón yo creo que era el precio. Cuando cerraron los cuarteles quedaron un montón de locales vacíos con unos alquileres muy bajos. Y las diferentes tribus estaban distribuidas según los sitios: Estudio 1 era de punkis, Marilyn de *rockers*, Calle 42 de modernillos, Ítaca de gente normal, Mar Adentro, psicodélico. Después estaba el Filloa, el antro de jazz. Todos los bares cerraban a la 1:30 y después la gente, de diferentes estilos, se jun-

taban en Rigbabá o en Casselly. Cuando cerraban las discos, como ya no quedaba nada abierto, los noctámbulos acababan en el bar de la autopista, en O Burgo. Era digno de ver.

PRIMERO FUERON el lustre y la alegría, como luz que se filtra por las rendijas de puertas cerradas y brilla más fuerte que los fuegos de artificio. No hubiese habido derrumbe sin aquel fuego.

Ocurrió, al principio, en el 86 , que Viuda tocó en el Club Náutico, en medio de aquellos artesonados, de aquellas maderas nobles y cretonas, en el salón donde tu madre bailó su primer baile, donde la hija de Amancio festejó este año sus segundas nupcias. Imagínate el impacto que causó entre la parroquia. Yo estaba entre el público, cuenta Pedro, aquel día. Me llevó Tinín y te puedo decir que todo resonaba, los vasos vibraban sobre las mesas puestas para cenar, las lámparas de araña repicaban amenazando con caer. Hubo una sensación de desajuste profundo. Me acuerdo bien del auditorio de ancianos mirándose los unos a los otros, escandalizados por las ocurrencias de aquellos chicos que eran conocidos, que eran alumnos de los curas, hijos de aquel socio, nietos de este otro, niños pijos convertidos en malotes.

YO YA LLEVABA TIEMPO, cuenta Pedro, obsesionado con las cifras que me perseguían, sumaba, restaba, multiplicaba cuanto número encontraba en las matrículas de los coches, en los carteles, en las imágenes de la vida cotidiana. Mi madre hubiese preferido que yo estudiase Medicina, no Económicas, como hice finalmente. Sentía prevención hacia los números, qué curioso, o al menos hacia mi manera de no pensar más que en números. Y luego entendí que las matemáticas y la música estaban estrechamente relacionados, que crean mapas y nos dan las llaves para entender el mundo.

Los diagramas que dibuja el mundo. Al final todo consiste en eso, en encontrar e interpretar aquello que el mundo va trazando sobre la superficie de las cosas, el mundo danza y dibuja signos y figuras. Uno solo las ve *a posteriori* y desde arriba, funcionan como los círculos perfilados sobre los cultivos, las líneas de Nazca en el Perú, los llamados agroglifos. Así, los acontecimientos,

aleatorios como parecen, resultan en diagramas, en caligrafías garabateadas, en recurrencias y en temas.

Desde luego Viuda eran geniales. O a nosotros nos lo parecían. Imitaban a los Dead Kennedys y a Ramones con aquellas canciones rápidas y ruidosas. Pero el tiempo pasó rápido también sobre ellos, el sumidero los llamaba. Circularon leyendas urbanas al respecto. Unos dicen que hubo desencuentros, peleas delante de Casa Estrella, en la Terraza, rivalidades, locura. Fue en el 92, cuando Viuda hicieron una actuación en la TVG, a partir de allí comenzó el declive. Por lo visto robaron un micro, trampearon la declaración del IVA y no sé qué más, las leyendas urbanas se suceden en el boca a boca del Ensanche, y tuvieron que desaparecer del mapa y escaparon a esconderse bajo las alfombras.

Una ciudad presa de melancolía, pienso yo, y también de náusea, con su marica triste de mediana edad que recorre los Cantones con el rostro maquillado, saludando a las señoras bien, muy cortésmente. Estaba enamorado, aquel señor, de un cabo de la Guardia Civil, no tan joven, o quizás de un obrero anarquista de la rúa Marola, que iba a su casa de vez en cuando a hacerle algún arreglo.

También tenía la ciudad su Paseante, un correcaminos incansable, con barba y con bigote, que hacía y deshacía las calles del centro a un ritmo frenético, como aquel señor Sömmer, que no quiso sentarse jamás porque pensaba que si se sentaba moriría; o su niña de las trenzas, aquella anciana vestida como una niña sobre un banco de la Carrera, que recordó Luisa Villalta; su cofradía poética del

Amanecer, vates alcohólicos y malhablados pero también reverenciosos; sus iglesias llenas de una parroquia envejecida de viudos con algunos curas delgadísimos y ascéticos, y otros más modernos que cantaban.

Y mientras tanto los señores de buena familia se afanaban en sus partidas de *bridge*, de golf, en sus inversiones, los médicos tenían todos el rostro moreno y lunaroso y eran fumadores, tomaban su cerveza con calamares en Otero, en el Cantón bar, en Venus o en Marte y estaban convencidos de que el mundo era cadencioso y eterno.

En la década de los veinte, en un artículo para el diario *La Nación*, Roberto Arlt describió con sorpresa aquellos bares llenos hasta muy tarde de mujeres fumadoras, una ciudad descocada que en nada se parecía al resto de Galicia. También en mi casa, en otro punto del tiempo, una noche cualquiera, la madre llena de hielo los vasos anchos y se sirve un whisky, mientras yo, niña, juego con unas gafas viejas delante de un tablero de parchís. La cocinera Sinda, originaria de Baio, donde un portugués la sedujo y la preñó, y que conservará toda su vida un miedo cerval a los comunistas, ella, que no sabe leer y que vivirá toda su vida en cuartos interiores, Sinda, mi Sinda, reza en su zulo o bien está pelando patatas mientras desgrana el rosario, acompañada por Radio María, en la cocina.

PERO LA NIÑA, que en el 76 tiene solo seis años, lo primero que recuerda es otra cosa, ciertas presencias domésticas terroríficas. Recuerda que estaban allí, que todos sabían que estaban allí, pero que también conocían múltiples maneras de ignorarlas. Por la noche, por ejemplo, todos encendían la luz antes de entrar en la cocina. Dejaban, así, un tiempo para que se dispersasen como vino, dejando tras de sí senderillos silenciosos.

La niña pequeña, en su cama, cuenta las estrellas sobre el firmamento del techo. En el cuarto contiguo, cuando las otras empiezan a despertarse, esa certeza le produce un placer hecho mitad de asco y mitad de impotencia. ¿Eran cucarachas? Se revuelve entre las sábanas tibias un buen rato, estirando los pies hasta el final del colchón, que está fresco, y después trata de imaginar un prado verde, verde y un buen rebaño de ovejas.

En una habitación de la casa de enfrente, en la oscuridad del anochecer sobrevenido, el opositor se deja ir

sobre el libro de Civil, mientras el flexo parpadea. En la sala de aquella casa, una señora contempla la televisión y acaricia el asco de aquella presencia que va derramándose a sus espaldas. La señora, en bata de percal, levanta los pies gruesos en zapatillas, los apoya sobre la mesa y cambia de canal. Los pies sobre la mesa resultan objetos torpes, tiernos, impotentes.

A una cuadra, en la iglesia del barrio, el cura, un hombre un poco melancólico, terminaba de officiar la última misa y se retiraba, se iba retirando, lentamente.

En la sacristía, se despoja de la casulla con cuidado, del cíngulo, de los zapatos, y se queda en chaqueta y zapatillas. Para él, vestirse y desvestirse es todo un quehacer ceremonioso. Sobre la mesa, una foto del papa polaco lo contempla irónico.

En el templo, a media luz, solo unos pocos fieles, rezagados, se demorarán rezando a algunos santos. El presbítero hace sonar las llaves y se dirige al portón para cerrarlo. El cura, ya de paisano y casi complacido, se dirige a la cocina: sabe que allí estarán, esperándole, las presencias.

En la otra casa, al otro lado de la calle, la niña, en su cama pequeña, escucha los pasos que van avanzando, menudos, perezosos, que arañan el suelo y lo dibujan. Son pasos consoladores, terroríficos.

Se da la vuelta y aprieta los puños. Más vale que cierre los ojos y que espere. Pues sabe que su madre no vendrá, aunque la llame.

UNA CIUDAD CONSTRUIDA, no sobre un volcán sino sobre un sumidero. Rellenaron parte del istmo con bloques de cemento y lo llamaron el Relleno, luego construyeron casas modernistas encima y obeliscos y plantaron árboles exóticos en jardines con estatuas de próceres. Pero el sumidero se mueve y tira de los que caminan sobre él, funciona como una ventosa. Mientras la ciudad vive, el sumidero gime y boquea. Sopla el viento, llueve a mares y, alrededor, los océanos se agitan y amenazan de negrura.

Todos hacen vida de espaldas al agua, sobre la que están construidas las calles y plantados los edificios con cariátides. Pocos saben de esto, o, al menos, pocos dicen saberlo. Yo solo lo oí mencionar este mismo año, en la barra de El Siglo, cuando Alberto Ramos habló de algo parecido a una sentina. Había un sumidero que llamaba a la gente a gritos, eso me dijo. Hoy en día esto se entiende mal. Nadie entiende el concepto de pérdida, la noción de perderse. Yo de la infancia recordaba sobre

todo los bosques negros y las profundidades frondosas y voraces y las fauces negras. Aquellas simas enredadas y demandantes que lo sitiaban todo y de donde salían vahos verdes y ríos y seres desaparejos, tartamudos.

Por eso, cuando quise volver a los tiempos en que se destapó el pastel, en que empezó a girar el mundo, me faltaban las imágenes. Yo iba por ahí implorándolas como una mendiga. No me des datos, dame imágenes, figuras, no me expliques cómo, dime por qué. Pero, como siempre, nadie recuerda nada, todo se diluye, todos se afanan en desgranar anécdotas que se amontonan como zapatos sueltos y no sirven para nada. Yo rondaba alrededor del Fórum sin atreverme a entrar, allí estaba la colección de cómics de Toñito, me hubiese gustado ojear alguno, pero un miedo reverencial me lo impedía, y, así, acababa siempre en el bar de Nikopol tomando cañas, Nikopol pinchaba a Fela Kuti, rodeado de perros gigantescos y atendía solo a los amigos. Y luego, otro día, delante del Club del Mar, yo me ponía a atisbar las huellas de la Marimba, el bar fantasma.

Otra vez, hace no hace mucho, vi frente a Adormideras un pilar de luz que subía hasta las nubes, luego Miranda me recordó las carreras que hacíamos para subir borrachas las escaleras de la ciudad vieja, me hablaba del Ría de Viveiro, Padín me trajo el catálogo de locos que su padre había confeccionado por el cual se paseaba Alfonso Molina orondo y borracho, volviendo de parranda. En él, un negro vendía corbatas y Barrié de la Maza se codeaba con los mendigos, mientras en

el Sirocco algunos aficionados jugaban a las cartas y, en el Kirs, Carlos Martínez Barbeito recibía a su tertulia. También hoy, sin ir más lejos, cerca de casa de mi madre, descubrí que las largas y anchas escaleras de Rafael del Río se habían convertido en un liquen, verde y rezumante en la calle más solitaria del mundo.

Sumidero, dijo Alberto Ramos, y yo lo apunté en una servilleta con letra ilegible. Era una madrugada de otoño, el otoño que antecedió a la gran pandemia. También apunté: *Baixo orzamento*. Canibalismo. Jorge. Luego alguien vino aquella noche, y me habló de la procesión a la Virgen de Pastoriza que discurre todavía en los días de verano, al hilo de una autovía concurrida, bajo viaductos, junto a centros comerciales, Leroy Merlins, galpones y McDonalds y que desde siempre reúne a marineros, a *heavies* que vienen de salir, porque la virgen es muy milagrera y protege a sus devotos. Yo imaginaba que mi historia sería algo así, una procesión que discurriese contra viento y marea con seres descalzos adelantados por los coches. Mirabas alrededor, debajo de los puentes, y los vendedores de rosquillas en los arcenes, los *pandereteiros*, los vendedores de exvotos, los punkis con sus madres iban avanzando hacia una especie de expiación colectiva que no había quien interpretase, lejos de los galpones y los hangares del extrarradio, donde los niños pijos que se perdieron son ahora seguratas, con pipa y rostro confundido.

Y Alberto insistió: sumidero, no te descentres, aquí había un río y el río asomaba la cabeza todo el tiempo,

era un río caudaloso, el río Monelos, que pasaba por donde está ahora el polígono de La Grela, por O Martinete, y desembocaba cerca de la Gaiteira, un señor río, donde las mujeres lavaban la colada, por donde las familias iban a pasear los domingos y en cuyo margen almorzaban y se daban besos los enamorados fogosos. Luego se sacaban fotos y las fotos habrán ido a parar a cajas de zapatos o a armarios con caramelos rancios en casas que se venden.

Volví paseando, por las calles oscurecidas por la lluvia, un poco melancólica, pues estaba sola y me aferraba a este libro como un náufrago a un tablón lleno de clavos. Subí en el ascensor con hilo musical, evitando mi reflejo y abrí la puerta del piso enorme, orlado de puertas, semivacío, con algunas torres de libros desperdigados por las esquinas. Me desmaquillé frente al espejo del baño, primero los ojos de uno en uno, tratando de ignorar el dolor sordo que me ascendía por el vientre y me asolaba el pecho desde hacía unos meses, un dolor acerbo que recordaba a la úlcera, y que tapizaba el estómago hasta las costillas y que era tan físico como una enfermedad, aunque solo se tratase de desamor. Me acosté lentamente, renuncié a leer y apagué la luz. El techo vibraba negro sobre mí como la bóveda celeste en un día sin luna. Pasaban por mi cabeza los pensamientos flotantes, los recuerdos, imágenes amargas, nostalgias, ansias imposibles. Traté de hacer el vacío en mí, existen técnicas para eso. Y por unos instantes contuve la respiración y regresé a entonces.

Pero el pensamiento es indomable, se deforma como goma y regresa, se escapa, salta, se rebela. Contuve la respiración y, estirando los dedos de los pies bajo las sábanas, recordé algo que había permanecido aparcado en la trastienda de mi cabeza junto con otros girones de historias, entre escaleras de madera y tardes lluviosas. Tiempo ha, había notado que mis padres bajaban la voz, a veces, cuando yo entraba en la sala y los sorprendía hablando de ríos subterráneos; también otra vez me escamotearon un ejemplar del *Decamerón* y otro de *Justine* que terminaron desapareciendo, pero esto fue más tarde; a menudo, callaban y los oí mencionar aguas negras, detritus, estuarios negros. Otras veces, en el periódico local se hablaba de bandidos maquis, de destripadores de montaña, pero también de adolescentes y de hombres suicidados, casi siempre arrojados por la ventana, se mencionaban desbordamientos y riadas y, después, obras de trasvase para contener las aguas. Y mi padre cogía entonces el periódico de la mesa del desayuno y se lo llevaba, silencioso, como con prisa. Recordé que, en algún momento del pasado, el enterramiento del humilde río Monelos, aquel cauce de detritus, cambió la fisionomía de la ciudad para siempre, pretendiendo solucionar un problema.

Existen los problemas, pero casi nadie nunca los enuncia. Es como si señalar la grieta la afirmase, profundizase en ella, la convirtiese en algo irremediable. Venancio diría: el vacío tiende a ser rellenado por la materia apresurada que se precipita y corre sin saber

bien adonde. Como nosotros. Adónde vamos. ¿Qué es el dolor que te tapiza? ¿De dónde viene? ¿Está justificado? ¿Para qué sirve?

Mi sobrino Javier dice que hay que dejar que todo fluya, que, cuando uno taponas algo, corta el grifo de todo y se paraliza, comprometiendo la propia cordura. ¿Por qué se enterró el río? En el reportaje de Ángeles Huertas solo se sugieren las respuestas: el desarrollismo, la especulación, el deseo de cambio. Pero también aguas negras, detritus, inmundicias, riadas de bichos, voces de ultramundo. Desde luego, las piezas nunca encajaron bien.

¿Qué ocurría? Galicia es tierra de lluvias, claro está. Pero recordé también que, una tarde de mis trece años, en la biblioteca de mi padre, encontré, aparte de un par de novelas de Sade mutiladas, textos extraños de la Pardo Bazán y de Wenceslao y también un par de textos de Cunqueiro, que desarrollaban con suma inconcreción la idea de un desagüe y de un agua negra que se fuesen extendiendo por Marinada (eso decía doña Emilia, Wenceslao hablaba de Coruña, Cunqueiro de Florentia, Vidal Bolaños de Acedía) y conquistando sus aldeaños, comiéndose la Mariña lucense y devorando toda vida conocida. A mí por entonces todo aquello me pareció bien, incluso muy bien, prefería vivir en un cuento de terror que en una postal costumbrista, prefería la ciudad pozo a la ciudad donde nadie es forastero.

Poner nombre a las cosas no es solo llamarlas silla o mesa, es aprehenderlas, entenderlas, darles su voz. El